

Presentación de la obra *Economia e Civiltà*
Roma, Biblioteca Angelica, 21 de febrero de 2005

Stefano Zamagni, Profesor ordinario de Economía política, Universidad de Bolonia
Hacia un humanismo económico

Muchas gracias. Estoy muy feliz de estar presente en esta ocasión y expreso mi gratitud a la editora Ciudad Nueva y al amigo Antonio Maria Baggio. En efecto yo también digo enseguida que se trata de una obra notable, por tanto debemos estar agradecidos al curador y a todos los demás que han colaborado en la realización de esta obra imponente. Querría decir para aliviar la preocupación del editor, que probablemente una obra de este tipo tendrá éxito, obviamente no como el *Código da Vinci* que he vendido en Italia 2 millones de copias, porque basta hablar mal de la Iglesia que seguramente el éxito editorial está garantizado, porque en el mundo de las ideas vale la ley de Say, es decir, la ley que afirma que es la oferta la que crea la demanda. Tengo motivos para sostener que esta obra, después de una fase inicial de rodaje, si es presentada oportunamente, pueda efectivamente, también desde el punto de vista de la casa editora, que justamente debe tener cuenta de balances, tener éxito. Por tanto, en cualquier caso, un augurio sincero.

Yo también estoy sorprendido, como ya dijo Vera Araujo y Luigino Bruni, del título *Economía y civilización*, porque si nosotros hiciéramos un sondeo, incluso rápido, y preguntáramos por ejemplo al hombre de la calle, asociar la palabra economía a alguna otra, difícilmente y es más, estoy seguro, que ninguno diría “economía y civilización”. Normalmente se asocia la economía a intereses, a explotación y devastación, y así sucesivamente. Por tanto, la elección de este título no debe pasar desapercibida porque no es común, no se encuentra, y por tanto es evocativa. ¿De qué cosa? La llave de lectura que en mi opinión, si capto el signo, será la respuesta – y Baggio dirá si interpreté bien –, la clave de lectura que sostiene toda la obra es la de reverdecer una tradición de pensamiento que nació dentro de la matriz católica y que por toda una serie de razones en el curso de los últimos dos siglos, dos siglos y medio, se perdió. Es decir, la idea que efectivamente la economía – y hasta hace algunos años se podía decir “economía de mercado”, pero también “economía planificada o de comando”; pero después de la caída del muro de Berlín decir “economía” y decir “economía de mercado” es la misma cosa –, cosa que probablemente todavía hoy no se sabe suficiente, y que esta obra finalmente pone a la luz, es que la economía de mercado es una invención de la Iglesia, o sea, mejor dicho: de la cultura católica.

El punto es que la confusión – y aquí también algunos autores que se han mencionado, un poco de responsabilidad tienen – fue aquella de identificar la economía de mercado con el capitalismo. Esto es un error terrible. Obviamente quien lo ha hecho es de buena fe, porque de lo contrario el infierno estaría garantizado. Porque ustedes no se imaginan el mal que han hecho y que están haciendo aquellos como los enseñantes, profesores, hombres de cultura, van por ahí continuamente a equivocar entre economía de mercado y economía de mercado capitalista; porque la economía de mercado nace tres siglos antes del capitalismo. ¿Cómo se puede decir entonces que son la misma cosa?

Ahora bien, la economía de mercado sabemos que nace en la época de los humanistas civiles – lo recordaba antes Bruni – y estamos en el 1300/1400, cuando todavía de capitalismo no se hablaba y no

había todas las otras cosas que después sucederían. Es solo con la revolución mercantil, pero sobre todo con la revolución industrial que la economía de mercado se convierte en mercado capitalista. Pero no sabemos cambiar la historia de nuestra cabeza. El resultado es que en los últimos dos siglos y medio, los católicos han sido remolcados por un lado por la famosa concepción de Max Weber sobre la ética protestante y el espíritu capitalista; y por otro lado, por la lectura reduccionista actuada por el marxismo. Lo lamentable es que nosotros católicos hayamos bebido del marxismo y aún más algunos católicos, ciertos pensadores católicos, se declaraban antimarxistas, pero lo eran aún más. ¿Por qué? Porque Marx, identificando el mercado con el capitalismo ha declarado (volumen II del *Capital*) que el deber fundamental es abolir el mercado, porque el mercado es el lugar de la mercantilización de las relaciones humanas, de alienación, explotación, etc. Es ahí la batalla.

¿Qué ha sucedido? Que los católicos, en vez de reaccionar – y este es un error histórico, además de teórico –, le siguieron detrás, y han intentado ajustar las cosas inventando la economía solidaria, la economía social, como para poner un parche, como decir: los capitalistas, es verdad, tiene razón Marx, son todos malos; y entonces nosotros católicos, ¿qué hacemos? Inventemos expresiones económicas que sean buenas. Así nació el “buenismo”.

Esto fue un error cultural de mucho peso, porque en vez de ir a la raíz del problema y afirmar que la economía de mercado cuando nació no lo hizo como economía capitalista, y de ahí encontrar toda una serie de implicaciones prácticas, se hizo una operación “de envío”, como se suele decir, o sea, se aceptó el punto del terreno de confrontación escogido por el adversario y se buscó contenerlo, contrastarlo sobre ese plano.

¿Por qué ahora Vera y Luigino hablaban del principio de fraternidad? Porque el principio de fraternidad siempre estuvo también dentro de nuestro mundo católico, pero obnubilado por el principio de solidaridad. Yo desafío a cada uno de ustedes: oigamos hablar de solidaridad declinada en todas sus formas, jamás como fraternidad. Pero la solidaridad no es palabra católica, es palabra del movimiento socialista. Yo estoy a favor de la solidaridad, absolutamente, porque hemos dicho que una actitud anti ideológica debe reconocer la verdad que existe en todos lados. ¡Faltaría más! Pero la solidaridad no es palabra de la tradición católica, tanto es así que hasta la *Rerum novarum* de León XIII no existe una sola vez la palabra solidaridad. Esta palabra entra en la doctrina social de la Iglesia con la *Quadragesimus annus*, porque entonces esta palabra hacía furor y Pío XI comprende que era necesario darle una interpretación. León XIII habla de caridad, no de solidaridad, porque justamente la solidaridad es cosa buena, sea esto claro, pero no es tanto buena como la fraternidad; la fraternidad es más fuerte que la solidaridad, porque la solidaridad puede ser anónima e impersonal, como en efecto sucede a menudo: piensen a las solidaridades internacionales, etc. La fraternidad no: lleva al reconocimiento de la específica identidad del otro. Por tanto está claro que donde existe fraternidad existe también solidaridad, pero no es verdadero lo contrario. Yo puedo tener una sociedad solidaria, pero no fraterna.

¿Cómo se puede no entender estas cosas? Cuba es una sociedad solidaria: todos son iguales, todos tienen el mismo salario, más o menos, todos tienen acceso a las medicinas, etc., por tanto es solidaria; no hay desigualdades, pero no es una sociedad fraterna. El resultado es que la gente, si pudiera, protestaría y se iría. Digo Cuba por poner un ejemplo. Sin embargo, en el horizonte sea teórico que

práctico de tantas expresiones del movimiento católico italiano y no italiano, el máximo al que se aspira es realizar las condiciones de la solidaridad. Esta es una disminución que nosotros nos hemos autoimpuesto sin motivo.

La economía de mercado nace, entre el 1300 y el 1400, sobre la base de una institución que es típica de la escuela del pensamiento franciscano. Ustedes saben que los primeros grandes economistas fueron todos franciscanos, y casi todos fueron santos. Esto no es de subvalorar. La frase que a mí personalmente me ha llamado siempre la atención de la escuela franciscana es: “La limosna ayuda a sobrevivir, pero no a vivir, porque vivir quiere decir producir y la limosna no ayuda a producir”. Bastaría con esto; no sirve adicionar nada más. Si incluso los franciscanos, en una época como el 1300 tuvieron el coraje y la sabiduría y la inteligencia de proferir palabras del género, comprenden que diferencia existe entre ellos y nosotros. ¿Qué quiere decir que la limosna nos ayuda a sobrevivir? Quiere decir que te mantiene en vida pero que no te hace vivir. ¿Qué quiere decir producir? Quiere decir dar a todos la posibilidad de participar en la generación del bien común. Porque, si yo te mantengo en vida, pero no te hago – diríamos hoy – Trabajar con la T mayúscula, te estoy quitando algo; es decir, te tengo en vida pero no te hago vivir.

Ahora bien, es sobre la base de esta intuición que se crea la economía de mercado. Ustedes saben que una economía de mercado, generalizando y abstrayendo, está basada sobre tres principios: el principio de la división del trabajo, el segundo es el concepto de desarrollo, el tercero es la libertad de empresa. Con la revolución industrial la economía de mercado deviene capitalismo cuando se adiciona un cuarto principio, que hoy se nota como la lógica de la ganancia, o sea, la finalización de la actividad económica-productiva a la ganancia y a la distribución de la misma a quien ha dado la entrada del capital. Pero esto sucedió después, siglos después. Si se fijan bien, la lógica subyacente a los tres principios: división del trabajo, concepto de desarrollo y libertad de empresa, estos tres principios tienen un hilo conductor que es justamente la fraternidad.

De hecho, ¿por qué se inventa la división del trabajo? La división de trabajo se inventó para permitir a todos, también a los discapacitados y sobre todo a los menos dotados de participar en el proceso productivo, porque si no existiera la división del trabajo, ¿quién podría vivir? Solo los capaces, los mejores. De hecho, antes de la invención del mercado, a los enfermos, a los discapacitados se les dejaba morir, porque se decía: no lo logran por sí solos. Debemos cambiar la organización del trabajo para llevarla al nivel de las personas y no al contrario, no que las personas se deban ajustar al proceso laboral. Hoy la división del trabajo es exaltada y enseñada como el principio para la productividad; está claro que después aumenta también la productividad, pero no es esta la razón histórica. Basta leer los escritos de Bernardino de Siena, de Matteo Palmieri y de tantos humanistas civiles: la división del trabajo había sido pensada para permitir a todos vivir, o sea, producir. Comprenden como cambia la perspectiva.

La misma cosa vale para el desarrollo. ¿Por qué nace la idea del desarrollo y por tanto de acumulación? Porque la generación presente debe hacerse cargo y responsablemente pensar en las necesidades de la generación futura. Antes de esta época no existía la idea del desarrollo, cada generación debía pensar en vivir para sí. Se decía: a las necesidades de las generaciones futuras pensará la Providencia, si se era creyente. Por el contrario se afirma la idea según la cual nosotros hoy, que hemos recibido, debemos

dar más, para permitir justamente a quien vendrá después de nosotros, beneficiarse, etc. etc. E aquí por consecuencia, la idea de la acumulación, de la inversión con objetivos productivos y no meramente improductivos.

Lo mismo le sucederá a la empresa. Antes de esta época, para iniciar una actividad económica era necesario pedir el permiso a un soberano. Los humanistas por el contrario dicen: no, porque la creatividad, los talentos, son distribuidos casualmente, nosotros no podemos saber quién está dotado y quien no; entonces quien es creativo, si quiere, debe poder crear con libertad. Así nace la estación de los mercados. Piensen que cosa escribe Benedetto Cutrugli en relación a los mercados, que no solo llevan de un lugar a otro las mercancías, sino que llevan la civilización, porque los mercados de la época, que de Florencia iban al Norte de Europa, llevaban también la civilización, la de su propia tierra, y traían a casa lo que encontraban hermoso y bueno de las demás. Así nació la economía de mercado.

Continuando aún hoy a identificar el mercado con el capitalismo obtenemos el resultado que describió Luigino antes. Es decir, que el mercado, la economía, es el lugar de la condenación, de la explotación, del agobio... y entonces la única cosa que permanece a la Iglesia, a los cristianos, es crear nichos. Aparece entonces el “tercer sector”, el “sin ganancias”. Es equivocada conceptualmente la lógica del tercer sector, porque, ¿qué quiere decir tercer sector? Quiere decir que existe el primer sector, que sería el capitalismo, el mercado capitalista; el segundo que es el Estado; y después el tercero y último, llega el lugar donde la gente, al final de la semana, hace un poco de voluntariado, un poco de obras buenas y así sucesivamente. Entienden que esta no es la perspectiva de la Doctrina social de la Iglesia, que es por el contrario la de la levadura que debe hacer crecer todos los ámbitos de la vida. No se puede ser de lunes a viernes capitalista en el sentido que he descrito, y después el sábado y el domingo un buenista, porque comprenden que la persona humana no soporta esta esquizofrenia. No podemos seguir durante nuestra vida normal dos códigos simbólicos, dos reglas de comportamiento. Ni podemos, cuando trabajamos, no mirar nada a la cara, porque la única cosa es maximizar la ganancia y después residualmente, en los espacios residuos de la vida o del llamado tiempo libre intentamos mejorarnos.

Los católicos que estaban más de la parte del liberalismo lo tenían que ajustar para darle un rostro humano; los otros católicos hacían el marxismo del rostro humano. Todo tenía el “rostro humano”, y sin embargo el hombre no estaba nunca, estaban solamente ficciones; debían salir de esta trampa que ha durado hasta hoy.

Hoy estamos en las condiciones históricas para que el pasaje de la llamada sociedad industrial a la post industrial cree las condiciones que nos permiten hacerlo. Porque hoy existen problemas nuevos respecto a los cuales estas dos matrices, individualista e instrumental, y sus variantes, se demuestran totalmente inadecuadas. Piensen a los conflictos de identidad, al problema de la felicidad – y a tantos otros –, intenten preguntar a estas dos matrices cómo se resuelven, prueben a ver si les dan una respuesta: dice solo que no es posible afrontar el problema. Después de que uno dice: “Pero yo quiero ser feliz, nosotros vivimos para ser felices y ¿tú me dices que no es posible? ¿Entonces qué sentido tiene vivir? Por consecuencia, no nos debemos maravillar si la tasa de suicidio aumenta, aumentan las depresiones. Hoy estamos en las condiciones históricas en las cuales efectivamente existe un espacio

nuevo para el emerger, o mejor, para el reemerger de la esencia del pensamiento cristiano. Entonces obras como "Economia e Civiltà" van en la dirección justa porque sirven para poner las cosas en orden.

Porque cuando estas cosas se explican a la gente y se pide a la gente estudiar un poco, de fatigar un poco, la gente las entiende, les aseguro yo que las cosas cambian radicalmente. La gente toma gusto, está contenta, comprende que había algo que le estaban quitando. Los cristianos no pueden continuar a estar bajo la mesa, a jugar a la reposición, a protegerse de los demás porque no es esta su vocación, pero sobre todo no es esto lo que los demás esperan de ellos. Por esto decía que esta obra obviamente es un primer paso, es necesario completarla, portarla adelante; junto a esta obra es necesario adicionar otras, sea literaria que obras de realización que sepan mostrar cuanto sea posible hoy retornar a las raíces; y cierto que las raíces van acompañadas de alas, porque las raíces sin alas se transforman en conservadurismo, pero las alas sin raíces llevan a la utopía. Esta obra va en otra dirección, o sea, va en la dirección que les estoy indicando, de mostrar otras cosas que puedan efectivamente abrir un horizonte nuevo. Mi agradecimiento va a Baggio y a sus amigos, y en particular al editor que ha tenido el coraje, y el coraje será ampliamente repagado. Gracias.